

OBRAS CLÁSICAS DE SIEMPRE

El cuervo

Edgar Allan Poe

(1809 - 1849)

EL CUERVO

Cierta vez que promediaba triste noche,
yo evocaba fatigado, en viejos libros, las leyendas de otra edad.
Ya cejaba dormitando; cuando allá, con toque blando,
con un roce incierto, débil, a mi puerta oí llamar.
“A mi puerta un visitante, murmuré, siento llamar;
eso es todo y nada más”.

¡Ah, es fatal que lo recuerde! fue en un tétrico diciembre;
rojo espectro enviaba al suelo cada brasa del hogar.
Yo, leyendo combatía mi mortal melancolía,
por perder a la áurea virgen que ya en vano he de llamar
la que se oye “Leonora” por los ángeles nombrar,
¡ah por ellos, nada más!

Y al rumor, vago, afelpado, del purpúreo cortinado
de fantásticos terrores sentí el alma rebosar.
Más mi angustia reprimiendo, conforteme repitiendo:
“Es sin duda un visitante quien llamando, busca entrar;
un tardío visitante que a mi casa busca entrar;
eso es todo, y nada más”.

Vuelto en mí, ya no vacilo; y en voz alta ya tranquilo:
“Caballero, dije, o dama, mi retardo perdonad;
pero, de hecho dormitaba,
y a mi puerta se llamaba con tan fino miramiento,
noble y tímido a la par,
que aun dudaba si era cierto...”
Y al abrir de par en par:
¡Sombras fuera, y nada más!



Largo tiempo, ante la sombra, duda el ánimo y se asombra,
y medita, y sueña sueños que jamás osó un mortal.
Todo calla, taciturno; todo abismase nocturno...
Pude allí, quizá un nombre: "Leonora", murmurar,
y en retorno, supo el eco: "Leonora" contestar.
 Esto solo, y nada más.

A mi cuarto volví luego con el alma toda en fuego;
sentí un golpe, ya más fuerte, batir claro el ventanal.
"De seguro..., de seguro, hay algo allí en lo oscuro
que ha tocado a mi ventana. El enigma aclaro ya:
– Corazón, ¡calma un instante! El enigma aclaro ya:
 Es el viento, y nada más".

Dejo francos los batientes, y batiendo alas crujiendo,
entra un cuervo majestuoso de la sacra, antigua edad.
Ni aun de paso me saluda, ni detiéndose, ni duda;
pero a un busto que en lo alto de mi puerta fijo está,
sobre aquel busto de Palas que en mi puerta fijo está,
 va y se posa, y nada más.

Frente al ave calva y negra, mi triste ánimo se alegra,
sonreído ante su porte, su decoro y gravedad,
dije: "No eres algún menguado,
Cuervo antiguo que has dejado
las riberas de la Noche fantasmal y señorial.
Dime: ¿cuál tu nombre señorial?"
 Dijo el Cuervo: "Nunca más".

Me admiró, por cierto, mucho que así hablara el avechucho.
No era aguda la respuesta ni el sentido muy cabal;
pero en fin, pensar es llano que jamás viviente humano
vio, por gracia, a bestia o pájaro, quieto allá en el cabezal,
sobre aquel busto de Palas que en la puerta fijo está
con tal nombre: "Nunca más".

Aunque inmóvil, sobre el busto venerable,
supo el ave en esa frase su alma obscura derramar.
Y no dijo más, en suma, ni movió una sola pluma.
Y al fin dije: "Cual los otros, tú también me dejarás.
Perdí amigos y esperanzas: tú también me dejarás".
Dijo el Cuervo: "Nunca más".

Y de nuevo confundido al oír esta respuesta;
dije: "Aprendió, quizá, las sílabas que repite sin cesar,
de algún amo miserable que el Desastre inexorable
persiguió, ya tanto, tanto, que por treno funeral,
por responso a sus ensueños, su estribillo funeral era:
"¡Nunca nunca; nunca más!"

Y del Cuervo reverendo, mi tristeza aún sonriendo,
ante puerta, busto y pájaro rodé luego mi sitial
y al amor de terciopelo fue enlazando mi desvelo mil ficciones,
indagando qué buscaba aquel flaco, torpe, lúgubre,
rancio cuervo inmemorial
Con su eterno "Nunca más".

Mudo ahora, esto inquiría; mudo ante él,
porque sentía que hasta lo íntimo del pecho me abrasaba su mirar;
esto y más fui meditando, reposándome en lo blando
del cojín violeta obscuro que ya nunca oprimirás,
del cojín, junto a mi lámpara, que ya nunca oprimirás,
¡Oh Leonora, nunca más!

Y ensoñé que en el ambiente
columpiaban dulcemente emisarios invisibles,
incensario inmaterial.

Y exclamé: “¡Triste alma mía:
por sus ángeles te envía el Señor,
tregua y nepente con que al fin olvidarás!
¡Bebe oh, bebe ese nepente, y a Leonora olvidarás!”
Dijo el Cuervo: “Nunca más”.

“¡Ya te enviara aquí el Maldito, ya indomable, aunque proscrito,
oh profeta, o ave, o diablo, Espíritu del mal!
a este páramo embrujado y a este hogar de horror colmado
te empujara la tormenta; dime, oh dime con verdad:
en Galaad ¿existe un bálsamo? Dilo, imploro la verdad”
Dijo el Cuervo: “Nunca más”.

“¡Por el cielo que miramos, por el Dios al que adoramos!
oh profeta, o ave, o diablo, Espíritu del mal.
Di si mi alma adolorida podrá luego, en otra vida,
abrazar a la áurea virgen que aquí en vano he de llamar
¡A la que se oye “Leonora” por los ángeles nombrar!
Dijo el Cuervo: “Nunca más”.



“¡Partirás, pues has mentido!, o ave o diablo” clamé, erguido.
“¡Ve a tu Noche plutoniana! ¡Goza allá la Tempestad!
¡Ni una pluma aquí, tardía, me recuerde tu falsía!
¡Abandona ya ese busto! ¡Deja en paz mi soledad!
¡Quita el pico de mi pecho! ¡Deja mi alma en Soledad!”
Dijo el Cuervo: “Nunca más”.

Y aún el Cuervo inmóvil calla,
quieto se halla en tu busto,
oh Palas pálida que en mi puerta fijo está,
y en sus ojos, hondo abismo, sueña, sueña el Diablo mismo...

...Y el hogar arroja al suelo su ancha sombra pertinaz,
y mi alma, de esa sombra que allí tiembla pertinaz,
no ha de alzarse, ¡nunca más!

Traducción de Carlos Obligado.

